

## CAPÍTULO VII

## EL SEGUNDO ACTO DE LA COMEDIA

**E**RA el 3 de Octubre de 1863, la misma fecha en que dos años después decretó Maximiliano una ley de sangre. A las diez de la mañana había demasiado movimiento en el castillo de Miramar, formado por la servidumbre del archiduque á la cual se habían unido ochenta criados más alquilados para dar golpe de vista al espectáculo. También se habían reclutado chambelanes, maestros de ceremonias, damas de honor, etc. Las cajas del candidato estaban bien provistas por los judíos austriacos que habían prestado dinero sobre los futuros rendimientos del imperio mexicano: se podía gastar á manos llenas.

Mientras el Archiduque estaba dándose la última mano en su alcoba, peinándose las patillas y buscando el mejor efecto para sus condecoraciones, la Archiduquesa en su tocador, auxiliada por sus doncellas, se colocaba en el pecho, el cuello y la cabeza algunas riquísimas joyas, después de haberse vestido espléndidamente. Parecía, según todos aquellos pre-

parativos, como que se trataba de deslumbrar á los comisionados mexicanos que debían llegar al castillo á las once y media, toda vez que estaba arreglado que salieran de Trieste en carruajes dispuestos al efecto, á las once de la mañana en punto.

Se divisó por el camino el polvo que levantaban los carruajes de la comitiva y el mayordomo puesto de atalaya con un anteojo, avisó á sus ayudantes que la comisión se aproximaba, para que los criados y dependientes ocuparan los sitios que de antemano les había designado el primer maestro de ceremonias.

Nueve eran los individuos que formaban aquella histórica comisión é iban en siete coches con chambelanes y agregados.

Hé aquí los nombres de los comisionados que designó la junta de notables de México para ofrecer la corona de Emperador á Maximiliano, nombres que no deben olvidar nunca los mexicanos:

José María Gutierrez Estrada.

Francisco J. Miranda.

José Hidalgo.

Joaquín Velázquez de León.

Ignacio Aguilar y Marocho.

Tomás Murphy.

Adrián Woll.

Angel Iglesias.

Unos abogados, otros clérigos, otros militares y dos diplomáticos.

Cruzaron los coches el puente y verja del castillo, se detuvieron junto al vestíbulo y apeándose nuestros personajes fueron recibidos al pié de la escalera por el segundo maestro de ceremonias, quien los condujo por

el centro de una valla que había formado la servidumbre: en el ala de la derecha los criados estaban con libreas negras bordadas de plata; las libreas de los del ala izquierda eran blancas con adornos azules y todos llevaban calzón corto, medias de seda, zapatos de charol y espada al cinto. En la galería alta había otra valla de marineros. Más adelante había alabarderos con sombreros de tres picos y lueda barba y por fin en la entrada del salón había también otras dos hileras de oficiales, empleados, capellanes, sastres y demás gente menuda. Pasaban de trescientas personas los comparsas destinados á esta *mise en scène*.

Si los comisionados no hubieran sido personas serias, aquella era la oportunidad de reirse á carcajadas; pero nuestros personajes observaron con estupor tanto lujo, se veían unos á otros asombrados y se decían en voz baja:

—Es imposible que el príncipe quiera cambiar este *confort* por el triste placer de ir á habitar nuestro vetusto palacio de gobierno.

Ignoraban ó fingían ignorar que este *confort* era improvisado para producir en ellos efecto y costeadado ya con los pesos mexicanos en *perspectiva*.

Entraron igualmente los comisionados al régio salón también preparado con nuevos tapices de seda para esta ceremonia, se formaron y esperaron á pié firme unos minutos. Se abrió una puerta y apareció Maximiliano vestido con frac azul: les saludó con una inclinación de cabeza y esperó á que le dijeran lo que se les ofrecía.

Se adelantó dos pasos al Presidente de la comisión

Gutierrez Estrada, sacó un papel de la bolsa de la casaca y leyó el largo discurso que corre en las historias y en el cual prodigó al Archiduque los epítetos más retumbantes, ofreciéndole la corona del imperio mexicano que iba á levantarse en nombre de la nación, apoyándose en una docena de actas de algunas poblaciones ocupadas por los franceses.

Maximiliano, que ya sabía poco más ó menos lo que significaban aquellos pobres votos arrancados por la fuerza, no se dejó ir de bruces, sino que contestó que aceptaría la corona cuando la elección del noble pueblo mexicano fuera hecha en su conjunto, esto es, cuando fuera aceptado por mayor número de personas y de poblaciones, y una vez que contara también con el asentimiento del jefe de su familia, ó sea con la voluntad de su hermano el Emperador de Austria, con la cual ya contaba de antemano, pues lo que más deseaba aquel jefe de Estado era quitárselo de encima porque le era gravoso.

Cutierrez Estrada hizo la presentación de cada uno de sus compañeros, entregó las preciosas actas de sus muy contados adeptos, y apareció la Archiduesa radiante de hermosura, de gracia, de magestad y también de toilette.

Todos los comisionados quedaron deslumbrados con Carlota, que tuvo frases dichas en español para cada uno de ellos. Tenía su capellán castellano que le había dado lecciones del idioma y tenía también libros que le habían proporcionado ya datos precisos y preciosos sobre todos los mexicanos con quienes en lo sucesivo iba á tener que encontrarse por cualquier circunstancia.

Concluida la ceremonia, que tuvo todo el caracter oficial: se retiraron los comisionados por donde habían venido, esperando aún que algo debía seguirse que fuera más suculento.

En su hotel de Trieste se encontraron en efecto una invitación para que volvieran por la noche á Miramar á una comida y recepción que les daba el Hapsburgo.

—Y bien, les dijo Gutierrez á sus compañeros luego que estuvieron, reunidos en su alojamiento ya sin testigos incómodos, ¿qué juzgan ustedes de nuestra embajada?

—Que hemos hecho un pan como unas hostias, le contestó el padre Miranda que era uno de los monarquistas más exaltados.

—En efecto, prorrumpió Hidalgo, S. M. se ha dignado imponernos demasiadas condiciones.

—Las muy indispensables, se apresuró á contestar Gutierrez Estrada que conocía bien la madeja. Nosotros le hemos traído unas actas insuficientes.

—Es muy raquítico lo que hemos traído, dijo Aguilar y Marócho, como un eco de su colega el Excelentísimo Señor Presidente de la Comisión.

—Pero ustedes lo saben y el príncipe también, repuso Gutierrez Estrada, que esas actas no son mas que para cubrir el expediente. Tratándose de un asunto convenido y bien convenido, estos son detalles de poca monta.

—El príncipe irá á México, dijo Hidalgo, sobre eso no debemos abrigar duda alguna; pero irá cuando se hallen las cosas más en regla que como las han hecho Saligny y Almonte.

—Han procedido como muchachos aturridos, murmuró Iglesias, cualquiera de nosotros habría podido conseguir más numerosas y más significativas adhesiones. Ni siquiera están los cabildos, que habría sido tan fácil comprometerlos.

—Comprometidos ya lo están, dijo Miranda, lo que ha faltado es tacto para hacerlos firmar.

—En suma, contestó Gutierrez Estrada, queriendo defender á las gentes de México, se ha hecho lo que se ha podido. Creo que demasiado consiguieron los jefes franceses ayudados de los nuestros con agenciarse las actas de Veracruz, Jalapa, Orizaba, Puebla y parte de México, lo mismo que con obligar á los notables á hacer la proclamación.

—En resumidas cuentas, Maximiliano ha estado en su papel.....

—S. M. Maximiliano I, interrumpió el padre Miranda.

—S. M. Maximiliano I ha estado en su papel, siguió diciendo Hidalgo, haciéndose un poco del rogar, puesto que ese era ya un punto acordado.....

—¡Ah! ¿era punto acordado? preguntó Woll.

—Sí, señor general, con objeto de dar tiempo á que el territorio mexicano sea dominado por los franceses y á que los Emperadores de Austria y Francia confirmen, bajo bases sólidas, todos sus ofrecimientos. Esta contestación de S. M. contiene dos objetos importantísimos: uno, asustar á su hermano con una no aceptación en perspectiva; otro, obligar á Napoleón á que active las operaciones de la guerra y á que ratifique los tratados de alianza.

—¡Ah!

—¡Oh!

Todos los comisionados lanzaron exclamaciones en diversos tonos. Después de convenir en que Maximiliano había estado elocuente, político, correcto y diplomático, sobre todo diplomático, hicieron un almuerzo ligero, pasearon por las calles de Trieste, y, al pardear la tarde, se encaminaron de nuevo en los carruajes alquilados para su servicio, al palacio de Miramar, que divisaron á poco iluminado como para una fiesta.

En efecto, fiesta y grande hubo aquella noche en Miramar en que los comisionados mexicanos fueron agasajados régicamente, siempre con el dinero adelantado por cuenta del imperio de México.

Recibidos en el gran salón del castillo con las mismas ceremonias que por la mañana, esperaron de pie á SS. AA. II. que se presentaron con sus respectivos acompañamientos. Maximiliano vestía de marino austriaco, y la Archiduquesa llevaba un vestido de tela de seda color rosa, con inmensa cauda que sostenían dos pajecillos y sobre la frente ostentaba una corona cuajada de piedras preciosas. Sus pendientes, su collar, sus pulseras y un alfiler prendido al pecho, contenían brillantes de colosal tamaño, llevando tal aglomeración de joyas con la intención tal vez no solo de fascinar á los comisionados mexicanos con aquellas riquezas, sino de hacerles entender que los príncipes no necesitaban seguramente de hacer un viaje peligroso á México para nadar en la opulencia. El alhajero había sido alquilado á los judíos de Trieste.

Cuando el mayordomo anunció que S. A. I. estaba servida, Gutierrez Estrada dió el brazo á la Archiduquesa, los demás comisionados á las otras damas, entre las que ya había algunas mexicanas, por ejemplo, la suegra del mismo Gutierrez Estrada, las que ya se encontraban colocadas en la servidumbre de Miramar, como damas de honor de aquella corte en miniatura, y Maximiliano cerró la marcha hablando familiarmente con su favorito Arrangoiz.

El comedor del castillo estaba deslumbrador con sus centenares de luces en candelabros y arañas de cristal que se habían alquilado en Trieste. La gran mesa estaba cubierta de flores colocadas en jarrones de Sévres, y la vajilla hacía visos no solo por ser fina sino por ser nueva. Todo estaba bien provisto y todo también previsto por los empleados del palacio y principalmente por el inteligente mayordomo, que había tenido carta blanca para gastar y para adquirir á cualquier precio lo que se necesitara.

La mesa contenía cuarenta cubiertos que fueron los que correctamente se ocuparon, haciéndose el servicio con tanta precisión y con tal prontitud, como si todas las noches se hubiera dado en el castillo una suntuosa fiesta semejante.

Ni el Archiduque ni la Archiduquesa se vieron precisados á dar la menor orden, ni con los ojos, á sus servidores para que ejecutaran alguna cosa, pues que todo se hacía como con máquina. No hubo bríndis, pero en cambio hubo una muy animada conversación después que se bebió el tercer vaso de vino del Rhin, y cuando se pasó del quinto y del sexto, el entusiasmo por el futuro imperio mexicano no tuvo li-

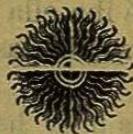
mites, pues ya se comprende que ese debió ser el tema de todos los discursos.

Maximiliano hizo que se le diesen algunos detalles, respecto de la función de armas del cerro del Borrego, desfavorable á Gonzalez Ortega, de los episodios del sitio de Puebla que le parecieron interesantes, de la participación que habían tenido en la campaña sus partidarios mexicanos, relato en que por varias veces frunció el ceño con marcado disgusto; de la conducta observada por el clero, de los trabajos de los regentes, del carácter y manejo de los jefes que mandaban el ejército de ocupación y finalmente de la importancia que pudieran tener tanto la junta de notables organizada en México para ofrecerle la corona como las personas que firmaban las actas que se le habían presentado en que se le proclamaba emperador.

La archiduquesa, con gracia suma, interrumpía con frecuencia al principal narrador que era Aguilar y Marocho, haciéndole preguntas especiales sobre cada uno de los personajes cuyos nombres aparecían de nuevo en la escena, pareciendo interesarle mucho el conocimiento de las mayores intimidades que se relacionaban con los hombres que ella creía iban á ser los que rodearían el trono. De la misma manera se interesaba en conocer los nombres y las cualidades de las damas principales de México, por su belleza, por su posición, por su dinero ó por su elegancia.

Después de la mesa volvieron todos al salón en donde hubo tertulia amenizada con las habilidades de algunos artistas de ambos sexos. Sus Altezas se retiraron de la reunión cuando lo creyeron conve-

niente, dejando á todos encampanados, por ser esa la costumbre de los grandes, y los comisionados, que ya no tenían que hacer allí, también tocaron retirada, yéndose algo ébrios á soñar en sus camas con el esplendor del nuevo imperio del que ellos se creían las principales columnas.



## CAPÍTULO VIII

## COLOQUIO ÍNTIMO

**E**L príncipe Maximiliano condujo á Carlota á sus habitaciones é iba ella á introducirse en el tocador para despojarse de las joyas, cuando él la dijo:

—Todavía no. Estás muy hermosa y quiero contemplarte unos momentos á solas. Despide á tu servidumbre.

Carlota dijo con mucha amabilidad á sus criados que se retiraran, que ella sola se desnudaría y cerró luego que salieron la puerta del coqueto gabinete en que se encontraban los futuros soberanos. Maximiliano se quedó viéndola de hito en hito, exclamando con entusiasmo sajón:

—De veras que te veo esta noche más hermosa que nunca. Ese traje te sienta muy bien..... y luego todas esas ricas joyas que tan bien te van. Esa agitación que mueve tus labios, ese rubor que tiñe tus mejillas..... eres la más linda de las reinas.

La Archiduquesa se echó sonriente en brazos de su esposo..... no recordaba haberlo visto más galante, ni más expresivo, ni más espiritual en los seis años que llevaban de casados. Verdad es también que Carlota se había mostrado discreta con los concurrentes, había hecho los honores del banquete con la magestad de una emperatriz y se había puesto en todos los pormenores á la altura de la situación. Por otra parte, estaba verdaderamente voluptuosa con su espléndido traje y aquellas magníficas joyas y hasta un hombre de roca hubiera caído en aquellos instantes rendido á sus plantas.

Maximiliano cayó en efecto de rodillas, la adoró como á una diosa y ella se abrazó á su cuello y lo besó en la boca y los ojos, murmurando con voz de tórtola enamorada:

—Eres encantador, príncipe.

Pasados aquellos deliquios amorosos á que hacía tiempo no se entregaban, absortos como estaban en la política, ella que estaba más preocupada aun que su marido con el imperio mexicano, fué la primera en volver á la realidad diciéndole:

—En este momento se van los comisionados del castillo.

—¿Cómo lo sabes?

—He oído rodar los carruages y cerrarse la verja.

—¿Qué te han parecido? Cuéntame tus impresiones de este día.

—Hasta hace poco todavía estuve creyendo que íbamos á reinar en un país de bárbaros; pero cada informe nuevo que recibo ha ido modificando mis opiniones.

—En efecto, la civilización no está en México bien implantada todavía; pero abundan allí las personas ilustradas. La mayoría es de idiotas.

—No tanto, puesto que se arman para defender sus libertades.

—Los labriegos son arrancados de sus faenas del campo por la fuerza para formar las filas juaristas.

—Pero esos labriegos no irían si no tuvieran voluntad.

—Los obligan.

—Y los que los obligan siendo pocos, ¿habían de ser más fuertes que los muchos, si no quisieran combatir?

—En todas partes sucede lo mismo. Las autoridades que son los pocos dominan á los pueblos que son la multitud. ¿Qué ejército sería posible si los jefes no supieran inspirar temor? ¿Qué reino subsistiría si los pueblos pudieran ponerse alguna vez de acuerdo para resistir?

—Nos vamos desviando del punto de partida, Maximiliano mio, querías que te refiriera mis impresiones.

—En eso estamos.

—Habla primero de los miembros de la comisión.

—¿Qué te han parecido?

—Son bastante pasaderos y han sabido presentarse oficialmente esta mañana; pero después han estado ó muy llanos ó muy encogidos.

—No tienen las costumbres de las cortes en México, y es natural que todo les coja de nuevo.

—El acto de por la mañana estuvo imponente, solo

que el discurso de Gutierrez de Estrada me pareció muy largo y muy vacío.

—En efecto, no necesitaba de tantas palabras para venir á ofrecer una corona que ni siquiera está en las manos de los mexicanos sino en las de Napoleón.

—Este se ha mostrado bien galante contigo. La misma Comisión está encargada de llevarle un voto de gracias por haber mandado sus mejores tropas á conquistarte un trono, y no ha querido recibirla antes de que viniera á Miramar.

—Sí, ya supe que había tenido para conmigo tan alta deferencia. Es á la vez un acto de cortesía y un acto de política para halagar á las potencias y á los mexicanos.

—Tanto, pues, como el discurso de Cutierrez Estrada estuvo difuso, el tuyo fué sóbrio y bien dicho.

—¿Lo oíste?

—Estuve presenciando la ceremonia entera detrás de una cortina.

—¡Oh! ¡las mujeres! ¡las mujeres!

—¡Todo eso para mí tiene tanto interés.....!

—¿Y qué te pareció?

—Estuviste muy duro reprochándoles que vinieran á ofrecerte una corona que cuenta con tan pocas verdaderas adhesiones.

—Es lo que habíamos convenido. Es la condición impuesta también por mi familia, aunque no por Napoleón, que sostiene que en México solo los gobiernos de hecho son los que prosperan.

—Quizás esa contestación no nos cierre las puertas.

—¿Cómo?

—Si los mexicanos no ceden, si la lucha se prolonga.....

—A estas horas el ejército francés habrá avanzado sobre el interior y ya tendremos la adhesión de las ciudades principales.

—¿Te lo han dicho los comisionados?

—Algo, aunque las noticias de mis agentes se adelantan como sabes, á las que ellos traen, que están muy trasnochadas. Además, á los Estados Unidos del Norte se les ha puesto el cielo muy entoldado y esto nos favorece. Los proyectos de Napoleón no se limitan á México, quiere, unido con las potencias, plantear la monarquía en toda la América.

—Yo tengo como fiebre. Quisiera que estuviéramos allá cuanto antes: cñame yo la corona de emperatriz y después que se hunda el mundo.

—No es todo que tengamos un imperio, sino que lo sepamos conservar.

—Lo conservaremos. Tú con tus buenas cualidades y yo atrayéndote á las gentes de valer, alcanzaremos popularidad. Principalmente contaremos con la veneración de los indios que son dados á todo género de idolatrías.

—Lo esencial es que los franceses, ayudados de nuestros partidarios, acaben con Juarez y su gente.

—Lo que no hagan ellos lo acabarás de hacer tú con tu valor, con tus buenas disposiciones y tu sabia política.

—Así sea.

—¿Y cuándo nos pondremos en marcha?

—Quizás en los primeros meses del año próximo: tan pronto como logre romper el nudo gordiano.

—El nudo gordiano son los obstáculos que pone tu familia.

—Mi hermano no: mi madre y mis demás parientes.

—¿Para qué quieres á nadie más si cuentas con Napoleón?

—Necesito la bendición del Papa y cuando menos alguna palabra de aliento de las cortes de Viena, Bruselas y Londres.

—A todos interesa el establecimiento de una nueva monarquía.

—Es verdad, pero el celo muerde el corazón de los soberanos. Ya sabes que á Napoleón no se le estima y se le tiene por un *sanscoulotte* ambicioso. Ese no es un monarca de sangre pura.

—¿Cuándo partiremos por fin?

—Cuando las circunstancias apremien.

—No pueden ya ser más apremiantes. Tu castillo tiene hipotecas que se están venciendo, tu hermano no te da dinero, hasta las alhajas que llevo son ajenas. Los acreedores no quieren esperarse.....

—Creo que después de Enero, para Abril por ejemplo, suceda lo que suceda, nos iremos.

—¿Y las condiciones que hoy impusiste á los comisionados?

—Se habrán cumplido: me traerán de aquí á entonces nuevas actas de adhesión, que por pocas que sean, me parecerán completas, y las potencias algo me habrán ofrecido.

Carlota, casi llorando, se echó en brazos de Maximiliano.

—¿Estás, pues, deseosa de ir á México, vida mía?